



EL HORMIGUERO Psicoanálisis ◊ Infancia/s y Adolescencia/s

DUELAR UN NIÑO

SEBASTIÁN PLUT

Grupo Psicoanalítico David Maldavsky

stplut@gmail.com

Duelar un niño

Resumen

El autor se propone estudiar, a partir del libro *El niño* de F. Aaramburu, los efectos que tiene en una familia la muerte de un hijo-niño. Desde los interrogantes iniciales, sobre todo por la idea generalizada sobre un duelo imposible, examina dos perspectivas conceptuales simultáneas: la del duelo y la del trauma.

Palabras clave

Duelo; trauma. Ambivalencia; identificación; narcisismo.

To mourn a child

Abstract

The author proposes to study, based on the book *The Child* by F. Aaramburu, the effects that the death of a son-child has on a family. From the initial questions, especially the generalized idea about an impossible mourning, it examines two simultaneous conceptual perspectives: that of mourning and that of trauma.

Key words

Mourning; trauma; ambivalence; Identification; narcissism

Reseña curricular:

Doctor en Psicología. Psicoanalista. Miembro Fundador del Grupo Psicoanalítico David Maldavsky (GPDM). Coordinador del Grupo de Investigación en Psicoanálisis y Política (AEAPG). Autor de los libros *Estrés laboral y trauma social de los empleados bancarios durante el Corralito* (Ed. UCES), *Psicoanálisis del discurso político* (Ed. Lugar), *Trabajo y subjetividad* (Ed. Psicolibro), *El malestar en la cultura neoliberal* (Ed. Letra Viva), *Escenas del Neoliberal-Abismo* (Ed. Ricardo Vergara), *Los Coronautas. Pánico colectivo y sufrimiento psíquico* (Ed. Ricardo Vergara), *Pandemia, retórica neoliberal y opinión pública* (Ed. Ricardo Vergara), *Vestigios psicoanalíticos* (Ed. Ricardo Vergara), *¿El resto*

qué piensa? (Ed. Topía) y *Fragmentos y fronteras de la vida psíquica* (Ed. Entreideas).

Co autor de los libros *Lenguaje y psicoanálisis. Investigaciones con el ADL* (Ed. Topía),

Teoría y Clínica en la obra de David Maldivsky (Ed. Ricardo Vergara), *El desvalimiento*

y las instituciones (Ed. Ricardo Vergara) y *Psicopatología Psicoanalítica. Programa*

Maldivsky (Ed. Lugar).

Duelar un niño

*“Y soportar la vida sigue siendo
el primer deber de todo ser vivo”*

Sigmund Freud

A Roxana Castro Wojda

In memoriam

Introducción

Ha muerto un niño, que es un hijo y también un nieto. En rigor, fallecieron cincuenta niños y tres adultos. El 23 de octubre de 1980 una explosión en el colegio Marcellino Ugalde en Ortuella (País Vasco, España) provocó la muerte de cincuenta alumnos, de entre 5 y 6 años, dos profesores y una cocinera. Tras unos días de sospechas (¿un atentado de ETA? ¿negligencia?) se descubrió que fue un accidente. El fontanero intentaba hacer un arreglo con un soplete sin que pudiera saber que por debajo de las aulas se había formado una bolsa de gas propano. Pasados poco más de cuarenta años, Fernando Aramburu (2024) escribió un libro, *El niño*, sobre aquel suceso. El texto está construido de manera sobria, y aunque evita todo tipo de hipérbole describe de manera notable el dolor y los efectos de aquel episodio que conmovió de manera duradera a cada familia y a toda la comunidad. El libro de Aramburu es difícil de clasificar, pues no es una crónica, si bien está basado en testimonios, pero tampoco podemos definirlo como una novela. Como sea, no deja de ser una pieza literaria que expone con nitidez los dramas humanos, aunque amalgame realidad y ficción e, incluso, sin que los lectores sepamos donde empieza y termina cada una de ellas. *El niño* relata especialmente cómo continuó la vida de los familiares de uno de los niños que murió (Nuco), lo que nos permite acercarnos a las

vivencias de dolor y trauma de sus padres (Mariaje y José Miguel) y de su abuelo materno (Nicasio)¹.

Algunas preguntas de inicio

Hay una idea que flota en el aire, generada quizá por vía intuitiva, a veces expresada, que dice que la muerte de un hijo es tan insoportable que el duelo consecuente resulta imposible, que jamás concluye, que se trata de una pérdida imposible de elaborar. El análisis del libro de Aramburu (Op. cit.) nos permite acercarnos al proceso de duelo por la muerte de un hijo-niño y buscaremos no tanto responder preguntas ya previstas, sino más bien encontrar qué ocurre en una situación como la descrita². El hecho de que sea un único caso (para emplear una terminología clínica) no disminuye el valor de la reflexión, pues ya conocemos las fecundas tensiones que se crean entre singularidad y posibilidades de generalización (Plut; 2021a, 2024)³.

A medida que avanzaba en la lectura de *El niño*, no obstante, los interrogantes fueron surgiendo, entre ellos: ¿nos dice algo de la subjetividad de un niño lo intolerable del duelo por su muerte? ¿El carácter tan perturbador deriva de que la ambivalencia afectiva en los vínculos (amor-odio) de la que habla Freud es diferente cuando se trata de un

¹ Para el título de este artículo dudé entre “Duelar un hijo” y “Duelar un niño”. Finalmente, opté por esta segunda opción. Por un lado, porque niño es el término que utiliza Aramburu para su libro. Por otro lado, y a lo largo del texto desarrollo en parte la fundamentación, porque la franja etaria (infancia) de quien fallece parece tener significados y consecuencias específicos en cuanto a pensar su muerte que, desde luego, se enlazan de manera singular con el hecho de que se trate de un hijo.

² Desde luego, me ha resultado inevitable evocar parte de mi experiencia clínica y de investigación en diversos tramos de la elaboración de este artículo. Por ejemplo, dos estudios que hemos realizado, uno en Brasil con mujeres que recurrían a tratamientos de ovodonación y, otro, un análisis del desvalimiento infantil en la novela familiar de superhéroes (Plut; 2021a). En cuanto al trabajo clínico, sobre todo, estuvieron presentes los tratamientos de dos varones adultos que habían perdido un hijo varios años antes de iniciar análisis, así como el de otros pacientes que sufrieron pérdidas más esperables (sus padres o cónyuges). Asimismo, vino a mi memoria el análisis de pacientes adultos mayores, en quienes cobraba fuerza la relación inversamente proporcional entre recuerdos y expectativas (volveré sobre este punto más adelante) y de otros dos pacientes adultos. Uno de ellos que tuvo un ACV el mismo día que tenía sesión y poco después falleció y otro paciente que acompañé durante una enfermedad terminal. Este último, un hombre de 60 años, tenía dos hermanos que habían muerto bastantes años antes de manera trágica. Cuando su enfermedad avanzaba inexorablemente, tuvo un sueño: entraba en una habitación en la que estaban sus dos hermanos y le decían: “*estás llegando muy tarde, apagá la luz*”.

³ Dicho de otro modo, y muy sintéticamente, los hallazgos obtenidos a partir de un único caso no son nunca una realidad excepcional, aunque tampoco es un requisito que la generalización coincida con la universalidad.

hijo pequeño? ¿O, acaso, resulta más inadmisibles la presencia de la hostilidad cuando se trata de un niño?⁴ ¿Este tipo de pérdida, nos enseña algo diferente sobre los procesos de duelo? ¿Qué razones hacen que sea im procesable, si así fuera? ¿Es, entonces, cierto que se trata de un duelo que no culmina? ¿Qué querría decir eso? ¿Conviene pensar no solo en términos de duelo, sino también de trauma?⁵ Si se trata de la muerte de un hijo, ¿hay diferencias si es aún un niño o ya se trata de un adulto? Y también, ¿habría diferencias si quien muere es hijo único o si hay más hijos? En todo caso, ¿lo insoportable resulta que sea un hijo o de que sea un hijo-niño?⁶

Tiempo, muerte y duelos: ¿qué pensaba Freud?

Antes de ingresar en el texto que deseamos estudiar, quiero exponer algunas hipótesis psicoanalíticas que facilitarán la reflexión posterior. No me detendré aquí en el análisis que Freud (1913) hace de la religión, aunque su revisión podría esclarecer en cierta medida el enigma de la ambivalencia. Me refiero a su idea sobre la muerte sacrificial de un hijo y la reconciliación con el padre: *“La religión del hijo releva a la religión del padre”*, dice (p. 155). Sí, en cambio, podemos comenzar citando el análisis que hace del sueño de un hombre cuyo hijo acababa de fallecer: *“Fallecido el niño, se retiró a una habitación vecina con el propósito de descansar, pero dejó la puerta abierta a fin de*

⁴ Recordemos la hipótesis de Freud: *“De acuerdo con el testimonio del psicoanálisis, casi toda relación afectiva íntima y prolongada entre dos personas -matrimonio, amistad, relaciones entre padres e hijos- contiene un sedimento de sentimientos de desautorización y de hostilidad que sólo en virtud de la represión no es percibido”* (1921, p. 96). Y, luego, agrega en una nota el pie: *“Quizá con la única excepción del vínculo de la madre con el hijo varón, que, fundado en el narcisismo, no es perturbado por una posterior rivalidad y es reforzado por un amago de elección sexual de objeto”* (Op. cit., p. 96).

⁵ Raimbault (1996) parece coincidir con nuestra sospecha relativa a pensar la muerte de un hijo-niño en términos de un trauma, lo cual no supone -al menos necesariamente- la presencia de un duelo patológico, sino que, en todo caso, es pertinente diferenciar -y combinar- dos dimensiones, la del duelo y la del trauma. La autora comienza su ensayo con la siguiente pregunta: *“¿Qué caminos van a atravesar esos padres -conciente e inconcientemente- para encontrar una salida -¿cuál?- al trauma, a la situación intolerable generada por la pérdida de un hijo?”* (Op. cit.; p. 7). En este texto no hemos tomado en cuenta casos que son muy diversos a los que consideramos aquí y que corresponden al contexto de la violencia intrafamiliar, en los que la muerte de un hijo resulta de la crueldad dominante en el grupo parental.

⁶ Hay innumerables temas y problemas que intersectan, en más o menos puntos, con el drama del duelo por la muerte de un hijo pequeño. Entre ellos, podemos mencionar: las pérdidas de embarazos, las dificultades para lograr un embarazo (infertilidad), abortos, la discapacidad (congénita o adquirida) de un hijo, los obstáculos en los procesos de adopción, hijos que rechazan el vínculo con alguno de sus progenitores, etc. Respecto de la infertilidad, tal vez sea pertinente distinguir entre el duelo por la pérdida y la exigencia psíquica de renunciar al deseo de un hijo (Langer, 1955). Un poco más lejos, hallamos otros temas como los duelos referidos al crecimiento de los hijos o al cuerpo propio durante el pasaje de la niñez a la adolescencia. Todavía más distante aun se encuentra el problema de la relación entre muerte temprana y mito (como en los casos de Eva Perón, Carlos Gardel, Che Guevara, etc.).

poder ver desde su dormitorio la habitación donde yacía el cuerpo de su hijo, rodeado de velones. Un anciano a quien se le encargó montar vigilancia se sentó próximo al cadáver, murmurando oraciones. Luego de dormir algunas horas, el padre sueña que su hijo está de pie junto a su cama, le toma el brazo y le susurra este reproche: «Padre, ¿entonces no ves que me abraso?»» (Freud; 1900, p. 504-5). El hombre se despierta, observa un fuerte resplandor que viene de la habitación donde yace su hijo, corre hacia allí y encuentra al anciano guardián adormecido, y la mortaja y un brazo del cadáver querido quemados por una vela encendida que le había caído encima.

El análisis que hace Freud, en principio, considera la función que tienen los estímulos sensoriales durante el dormir (el resplandor sobre los ojos) y el efecto de una posible preocupación previa a dormirse (que el anciano no cumpla bien su función). Asimismo, interpreta que la frase «*Me abraso*» fue expresada por el niño durante la fiebre que lo llevó a la muerte, y conjetura que el otro sector de la expresión («*Padre, ¿entonces no ves?»*») pone de manifiesto algún complejo afectivo. Sin embargo, también subraya otro punto significativo: ¿por qué el padre primero soñó en lugar de despertarse inmediatamente? Su conclusión fue que eso respondió al deseo de que su hijo aun estuviera vivo.

En cuanto al contexto en el que Freud expone este sueño, conviene destacar que su objetivo no era el análisis de los duelos, sino de los sueños, y de allí que él jerarquice la hipótesis del sueño como cumplimiento de deseo. Por lo demás, agreguemos dos cuestiones. Si bien Freud señala que soñarlo vivo es el opuesto de abreviar la vida del hijo, es posible que allí resida el sentimiento de culpa y no solo el esperable deseo de que su hijo se hubiese recuperado de la enfermedad. De allí, de hecho, el reclamo que Freud recalca: «*Padre, ¿entonces no ves?»*. De este modo, el acto de soñar antes de despertarse por el resplandor presumiblemente sea una manifestación compleja que reúne dos corrientes: la

indicada por Freud (deseo de que su hijo estuviera vivo) y la reproducción de una vivencia previa: haberse dormido⁷ ante una realidad que exigía estar atento.

Para la época de la Primera Guerra Mundial las preocupaciones metapsicológicas y clínicas de Freud (1915, 1916, 1917) convergieron con el impacto que le producía la catástrofe bélica. Dicho de otro modo, creemos que no por azar se ocupó de reflexionar sobre lo transitorio o efímero, la actitud humana ante la muerte y los duelos.

Por un lado, ante quien se revuelve con doloroso hastío frente a la caducidad de lo bello o, su aparente inverso, quien desarrolla una ilusión de eternidad, Freud consideró que *“el valor de la transitoriedad es el de la escasez en el tiempo. La restricción en la posibilidad del goce lo torna más apreciable. Declaré incomprendible que la idea de la transitoriedad de lo bello hubiera de empañarnos su regocijo”* (1916, p, 309)⁸.

En el texto se advierte una cierta tensión entre la temporalidad, por así decir, natural, que corresponde a un ciclo predeterminado (por ejemplo, la duración de una flor) y la temporalidad que queda malograda, por ejemplo, por la destrucción producida por la guerra⁹. No obstante, aun frente a esta segunda situación, en la que se revela la fragilidad de todo lo que atañe a la cultura, la capacidad vital para Freud consiste en *“sustituirmos los objetos perdidos por otros nuevos”* (1916 p. 311).

Por otro lado, algo diverso sucede cuando se trata de pensar la propia muerte, la cual, según planteaba Freud, *“no se puede concebir... nadie cree en su propia muerte...*

⁷ En Argentina, “dormirse” es una expresión que puede utilizarse para referirse a un sujeto que estuvo distraído, que se desconectó de una realidad a la cual debía prestar atención.

⁸ Casi contrariamente, el poeta Rafael Guillén en su poema “Ser un instante”, dice: *“Todo lo bello es triste mientras exista el tiempo”* (citado en Montero; 2022, p. 213).

⁹ Dice Freud: *“No solo destruyó la hermosura de las comarcas que la tuvieron por teatro y las obras de arte que rozó en su camino; quebrantó también el orgullo que sentíamos por los logros de nuestra cultura, nuestro respeto hacia tantos pensadores y artistas, nuestra esperanza en que finalmente superaríamos las diferencias entre pueblos y razas”* (1916, p. 311). El duelo por lo perdido, pues, incluye no solo la vida humana y objetos valiosos, sino también a los ideales singulares y colectivos.

en el inconciente cada uno de nosotros está convencido de su inmortalidad” (1915, p. 290)¹⁰.

Asimismo, algo peculiar ocurre también con nuestra actitud hacia la muerte en general: en lugar de considerarla necesaria, inevitable, la suponemos una contingencia producto de accidentes, enfermedades, etc. Es por este motivo, dice Freud, que nos asalta un “*total descalabro cuando la muerte alcanza a nuestro padre, a nuestro consorte, a un hermano, un hijo... Sepultamos con él nuestras esperanzas, nuestras demandas, nuestros goces*” (1916, p. 291). Podemos decirlo de otro modo: el duelo por la muerte de un ser querido reúne el sufrimiento por la pérdida del objeto y, también, la angustia por no poder conservar aquella convicción de contingencia que pretendíamos ostentar frente a la muerte.

En su reconstrucción de lo que Freud dio en llamar el hombre primordial, ya detecta allí no solo el sentimiento del dolor ante la muerte del ser amado sino también la presencia del sentimiento de culpa que pone de manifiesto la ambivalencia inherente a todo vínculo afectivo, esto es, la satisfacción del odio¹¹. Conviene retomar una pregunta central: ¿está a salvo de este odio, es decir de la ambivalencia, el vínculo de los padres con el hijo-niño, o es que frente a este resulta intolerable advertir la propia hostilidad? Ya citamos que Freud solo exceptúa de la ambivalencia a la relación entre la madre y el hijo varón.

Por último, retomemos algunas de las propuestas de Freud (1917) sobre los procesos de duelo. Muchas de ellas son ya conocidas, de modo que las daremos por

¹⁰ Para esa época Freud aun no había conceptualizado la pulsión de muerte. Si bien es posible que la eficacia de esta última no modifique la convicción inconciente de inmortalidad, tal vez sí permita considerar ciertos registros como los estados de vacío y desvitalización.

¹¹ No nos detendremos aquí en una suerte de paradoja que plantea el texto freudiano, a saber, que hace coexistir el descreimiento inconciente en la propia muerte con el deseo inconciente de matar al otro. En rigor, Freud divide en tres la posición inconciente: negación de la muerte propia, deseo de muerte del extraño/enemigo, ambivalencia respecto del ser amado.

sentadas¹². Entre los caracteres centrales Freud describe la pérdida de interés por el mundo exterior (salvo lo que recuerda al muerto) y que si bien la exhortación de la realidad, la orden de aceptarla, se cumple lentamente, lo más frecuente es el acatamiento a la realidad, aunque en los casos extremos puede conducir a una *psicosis alucinatoria de deseo*.

Un punto que nos parece fundamental es el de la distinción entre las investiduras del recuerdo y las investiduras de expectativas. A quien ha perdido un ser amado se le impone la necesaria elaboración por aquello que tuvo, según la lógica que Freud advierte: examen de realidad, clausura, sobreinversión y desasimio (Freud 1916) El examen de realidad muestra la ausencia del objeto y exhorta a sustraer la libido de sus nexos con él. Este proceso se ejecuta no sin cierta repulsa y se va consumando pieza por pieza con un gran gasto de tiempo y energía: “*Cada uno de los recuerdos y cada una de las expectativas en que la libido se anudaba al objeto son clausurados, sobreinvertidos y en ellos se consume el desasimio*” (p. 243) Podemos subrayar, entonces, no solo los cuatro pasos del proceso de duelo sino, además, distinguir y rastrear el destino de los recuerdos, por un lado, y de las expectativas, por otro. La finalización relativa del proceso surge de la desinversión (parcial) de los recuerdos y el deslinde de estos últimos de la inversión de expectativas. Ello permitirá la búsqueda e inversión de objetos sustitutos. En efecto, he notado que, en duelos de diferente tipo, la interferencia proviene no tanto de la inversión de los recuerdos, sino de la imposibilidad de renunciar a la inversión de expectativas sobre el objeto perdido¹³. Con frecuencia, a su vez, entran en pugna intensos sentimientos de culpa (e identificación con el que ha fallecido) con las investiduras narcisistas y egoístas que permiten sustraerse del destino de lo perdido (Plut; 2015).

¹² Por ejemplo, su definición del duelo como “*la reacción frente a la pérdida de una persona amada, o de una abstracción que haga sus veces...*” (1917, p. 241).

¹³ Así se observa en quien, por ejemplo, tiempo después de haberse separado de su pareja, continúa afirmando: “si yo siguiera en pareja, ahora podría hacer tal cosa”. O bien, quien ha perdido su trabajo, tal vez siga afirmando durante largos meses: “si yo siguiera trabajando en la empresa, ahora sería gerente”.

A su vez, Freud advierte que, tras las quejas del doliente, quedan encubiertas las querellas o, lo que es lo mismo, la vivencia de sufrimiento amoroso esconde en ocasiones el sentimiento de injusticia (también utiliza el significante *pleito* para describir el proceso de duelo). Posiblemente, esta transformación sea correlativa de la bipartición entre un yo crítico (que reconoce la realidad) y el yo alterado por identificación con el muerto¹⁴.

Las semejanzas y diferencias entre duelo y melancolía que Freud propone quizás nos brinden una orientación, sobre todo cuando considera los casos en los que la elección de objeto se dio sobre una base narcisista. Por un lado, porque en el vínculo de los padres con los hijos prevalecen las investiduras narcisistas. Por otro lado, porque a diferencia de los vínculos de pareja, en los que el sujeto –conciente e inconscientemente– *elige* tener pareja y quién será esa pareja, en la decisión de tener hijos, el sujeto *elige* tenerlos, pero no quién/es será/n su/s hijo/s¹⁵. ¿Será esta una de las razones que funda la investidura narcisista?

Madre, padre y abuelo

Aquí citaremos diversos pasajes del libro de Aramburu para observar las vivencias de los tres familiares de Nuco¹⁶, el niño fallecido a los 6 años. Para mayor claridad, expondré los pasajes de manera separada para cada uno de los familiares.

Mariaje

Insiste en que no sucumbió a la depresión por el afecto que le dio su marido, porque su padre la necesitaba y por el consuelo que en parte le dio la religión. No obstante, respecto de la religión siempre fue ambivalente, y en ese marco expresa: “*Después de lo*

¹⁴ Recordemos que al hablar de las neurosis traumáticas Freud sostuvo una bipartición entre un yo-paz y un yo-guerra.

¹⁵ Hay un largo debate en la tradición psicoanalítica sobre el concepto de *deseo de un hijo*.

¹⁶ Según se consigna, los relatos fueron aportados por Mariaje, la madre de Nuco. Desde luego, solo podemos reproducir sintéticamente algunos pasajes, que sin duda dejan fuera muchas referencias y descripciones importantes y, a su vez, no logran reflejar la expresividad del autor del libro.

*del colegio*¹⁷ *tuve varias rachas de fervor religioso; pero cada vez menos intensas y más espaciadas, hasta dar en el descreimiento que probablemente me acompañe lo que me resta de vida”.*

Las magnitudes de espiritualidad o descreimiento son variables según la singularidad de cada quien, al punto que tanto una como otro pueden expresar, simultáneamente, el decurso del duelo y su interferencia. Asimismo, en el caso de Mariaje, su ambivalencia respecto de la religión no solo resulta de la muerte de su hijo, sino de la de su madre, muy devota y fallecida poco antes del nacimiento de Nuco.

Sobre los hechos ocurridos el 23 de octubre, afirma que *“de haber podido, habría aplicado una goma de borrar en la parte del cerebro donde alberga las imágenes de aquella jornada”*. Al leer este deseo, pienso que lo puede expresar únicamente porque, precisamente, no puede realizarlo. De hecho, se ratifica poco después este supuesto: *acto seguido, afirma, en abierta contradicción, que sería injusto olvidarse del Nuco por completo*. Este agregado que hace Mariaje sugiere una variable que debemos considerar, pues no se trata solo de la oscilación entre recordar y olvidar (Plut; 2021a) sino de un proceso que se podrá hacer a condición de que no sea completo. En los términos freudianos se dirá que el trabajo del duelo que opera sobre las huellas del recuerdo no supone que sea absoluto o, lo que es lo mismo, es erróneo suponer que el núcleo de un duelo pasa por la dimensión de los recuerdos. Una opción para entender lo que Aramburu designa como contradicción, es que el deseo de olvidar recae sobre *“aquella jornada”* (el día de la explosión), en tanto la referencia a que sería injusto olvidarse de Nuco por completo, abarca su vida previa.

¹⁷ Tal vez aquí, en esta peculiar forma de referirse a la explosión (*“después de lo del colegio”*) estemos ante la presencia de lo innombrable. Asimismo, cuando suceden ciertos hechos traumáticos, sobre todo a nivel comunitario, es frecuente el debate acerca de la nominación pertinente.

Respecto del momento en que ella llegó al colegio, poco después de la explosión, dice “Estaba como si me hubieran vaciado por dentro, paralizada, confusa, incapaz de hilar dos pensamientos seguidos”¹⁸. En esta descripción que hace de sí misma, hay dos rasgos habituales en los eventos traumáticos¹⁹ (parálisis y confusión) y otros dos que habilitan sendos interrogantes. Por un lado, cuando dice que se sentía vaciada, ¿por qué precisa aclarar “por dentro”? Por otro lado, nos preguntamos si la imposibilidad de “hilar dos pensamientos seguidos”, es una expresión que indica el rechazo a establecer un razonamiento –enlace entre dos pensamientos– que diera por resultado una conclusión impen-sable (que su hijo había muerto).

En cuanto a la decisión sobre conservar o no objetos de Nuco, *Mariaje replicó que los recuerdos se guardan aquí (en el corazón) ... Ella era partidaria de vaciar por completo el dormitorio del niño... cabe la posibilidad de que las aprovechen hijos de familias con pocos recursos económicos... Mariaje no estaba dispuesta a convertir la habitación del niño en un museo.*

Se advierte, además de la recurrente pugna con el empuje de los recuerdos, que se reitera la figura del vacío. A su vez, intuio que la referencia a las familias de pocos recursos económicos es una proyección de la escasez de la propia economía libidinal.

Mariaje compara la muerte de su madre y la de su hijo: “Perdí a mi madre, lo acepté. Era mayor, estaba enferma, Ley de vida. Jamás me acostumbraré a estar sin mi niño, a no

¹⁸ Textos S/P

¹⁹ El libro informa sobre caracteres típicos de los sucesos que constituyen traumas colectivos: noticias contradictorias, rumores infundados, confusión sobre la cifra de muertos, la combinación entre prisa por informar y disparidad de datos, etc. En otro pasaje, dice: “Como si se sintieran compelidos por un acuerdo tácito, los vecinos de Ortuella conversaban a media voz”. Nos parece significativo no solo el volumen disminuido, sino la eficacia de un “acuerdo tácito”. Más tarde, Mariaje dirá “¿Cómo es posible que la gente vaya y venga tan tranquila después de lo ocurrido el jueves a pocos kilómetros de distancia? ¿No hablaban los periódicos, las emisoras de radio, la televisión, de tragedia inmensa? Pasados dos días, la tragedia, ¿ya es Historia? ¿Ya es olvido?”. Subrayamos aquí el supuesto que frecuentemente suelen tener quienes padecieron una neurosis traumática: que los otros pretenden desconocer o negar lo ocurrido. Subyace, pues, un interrogante: ¿cómo es posible que tanta intensidad de un día, rápidamente desaparezca de los medios? Y luego: “Y, sin embargo, el duelo flotaba en el ambiente a todas horas”. Posteriormente, agrega: “A la gente no le gusta rozarse con las víctimas. Víctimas de accidentes, de enfermedades, del terrorismo, de lo que sea. Es como si temieran contagiarse”.

escuchar su voz, a no verlo jugar, dormir, crecer". En rigor, notamos que no solo contrasta dos muertes, sino, también, pasado y futuro (lo que le pasó y lo que cree le sucederá). En esta diferenciación cobran importancia la vivencia de una rutina quebrada para siempre ("jamás me acostumbraré") y, sin duda, las diversas edades de los muertos, ya que, en vida, la madre -por edad- tenía más recuerdos, y el niño, más expectativas. Asimismo, la relatora parece eliminar la incertidumbre a través de aplicar lo que siente en el presente como modelo anticipatorio del futuro, todo lo cual, posiblemente sea también una de las marcas del trauma.

Otra comparación resulta significativa, esta vez con su padre: *"Mi padre se empeñó en ver al Nuco a su lado. ¿Habría sido más sensato hundirse en la depresión? A mí me dio por hablarle al crucifijo de mi madre y no por eso me volví loca. Pues, fíjese, a lo mejor no me volví loca porque hablaba con el crucifijo, del mismo modo que mi padre conservó la cordura imaginando que no había pasado lo que pasó"*.

Ambos, padre e hija, recurren a un particular modo de pensamiento abstracto o, mejor dicho, inmaterial, que les permite ver lo que no hay²⁰. No debemos tomar sus palabras (depresión, locura) con el valor teórico que ellas tienen en nuestra disciplina. En todo caso, presumo que cuando Mariaje habla de depresión, está aludiendo a la amenaza de un derrumbe psíquico que aventaron con aquellos recursos.

Luego decide ir a colaborar en la peluquería de su amiga Garbiñe, *"más que nada por distraerme y porque me parece que, a este paso, la soledad acabará volviéndome tan religiosa como mi madre"*. Con ello indica el límite que tenía para ella el recurso a la

²⁰ Es interesante el camino que Mariaje sigue con el crucifijo de su madre. Desde un desinterés inicial pasa a tenerlo continuamente entre sus manos. Cuando siente que podría enloquecer (o volverse santa), le pide a su marido que lo esconda donde ella no pudiera encontrarlo. Él le propone tirarlo a la basura, pero ella se niega. Tiempo después, decide arrojarlo a la basura, aunque al rato, llena de culpa, decide ir a buscarlo entre las bolsas de la calle y lo encuentra, *"pero ya era tarde, ya Dios me tenía preparada su venganza"* (se refiere a lo que ocurrió un mes después y que consignamos al final de los relatos de José Miguel). En ese momento ya sí arrojó el crucifijo a la basura). Quizá este proceso pueda emparentarse con el destino dado al libro sobre la risa en la novela *El nombre de la rosa*, de U. Eco: aun cuando Jorge de Burgos, el ciego, lo consideraba un libro abominable, no pudo destruirlo sino que se vio compelido a conservarlo en secreto.

religión. Es posible, a su vez, que Mariaje luchara con el superyó materno que le imponía los mandatos religiosos.

Al año y medio de la explosión, Nicasio se encontraba muy enfermo, ya a la espera de su propia muerte. Mariaje, entonces, *hablaba con el Nuco y hablaba conmigo misma*. “Y por último le dije, me dije: Cuando se muera el abuelo, tú también te morirás, ahora ya sí del todo. No te hagas ilusiones. La única vida que te quedó después de la explosión es la que te ha estado dando tu abuelo. Conmigo no cuentes, hijo. A mí me vencen la cordura y la realidad. Lo siento. Aunque, luego, agrega que, en el instante de salir de la habitación, pensé: Aquí habría que ventilar. No lo hice. Me entró de pronto la superstición de que si abría la ventana se escaparía volando hacia la calle algo que era invisible, pero estaba allí y se perdería para siempre”.

Nicasio

Nicasio sube todos los jueves al cementerio para “*hacerle compañía al nieto*”. A veces, otros días, de manera repentina se levanta y también va al columbario. Si su hija le dice que no es jueves, aquel responde que “*son cosas tuyas y que nadie salvo él las puede entender*”. Anotamos aquí lo que consideramos una vivencia significativa en procesos de duelo y trauma: la vivencia de no ser entendido por los demás²¹.

Una versión fantástica se había extendido para hablar del terrible siniestro: “*en el avión viajan cincuenta niños y que pilota una maestra, y que, a su lado, de ayudante, va un maestro, y que la cocinera del colegio deambula por el pasillo, entre los asientos, cumpliendo tareas de azafata... Todos ellos están muertos*”. Nicasio protesta contra esta “versión”: “*El Nuco no ha emprendido ningún viaje sin retorno*”. Esta expresión parece

²¹ Raimbault detecta escenas similares, a las que sintetiza bajo la frase “*Tú no puedes comprenderme, lo que pasó me pasó a mí*” (1996, p. 222). La autora la interpreta como expresión de una negativa de transmisión de la historia. En una investigación que realizamos hace poco más de diez años sobre el sentimiento de inseguridad en la opinión pública, encontramos fenómenos muy similares (Plut; 2014).

revelar algo de la ambivalencia, ya que puede comprenderse tanto como un intento de refutar la muerte del nieto, como de objetar la imaginaria.

En cada visita, Nicasio le “susurra” cosas acercando la boca al nicho. Él dice: *“Yo no visito la tumba. Yo visito al Nuco, que no es lo mismo”*. También le promete a su nieto: *“Yo te sacaré de aquí, Nuco. No sé cuándo, pero te sacaré. Tú, tranquilo”*.

Desde luego, no faltan los autorreproches en Nicasio: *“¡Cuántas veces y con cuanta amargura habría de repetir en el futuro que jamás se perdonaría haber llevado al niño aquella mañana al colegio!”*. Este tipo de reclamos, dirigidos a sí mismo, no ponen de manifiesto solo la culpa, sino lo que consideramos constituye el hueso de la perturbación de un duelo: la no renuncia a la investidura de las expectativas. De hecho, un sueño con el fontanero ratifica esta hipótesis. Nicasio le dice: *“¡¿Qué haces, buen hombre²²?! ¿No notas el gas explosivo? ¿No has leído los periódicos de mañana? Si prendes el fósforo, morirán cincuenta colegiales. ¡Detente por Dios!”*. También en una de las “conversaciones” con su nieto hallamos una lógica similar: *“Con ese fin le dio una serie de consejos sobre cómo debía conducirse antes de la explosión. Porque supongo que tú quieres sobrevivir, ¿no?...”*.

Resulta notable que cuando Nicasio le habla a su nieto, lo hace sin voz. Posiblemente, allí converjan tres corrientes: la de quien le habla a su nieto cual si estuviera vivo, la de quien sabe que el nieto no podrá escucharlo, y la de quien oculta su “fantasía” por un dique impuesto por una suerte de vergüenza social.

Veamos otro pasaje que también evidencia la coexistencia de corrientes diversas: *“No se apreciaban en Nicasio síntomas de duelo. Parecía falto de vitalidad, tardo en sus movimientos y bastante menos hablador que otros días”*. Posiblemente, la ausencia de aquellos “síntomas” refiera a que no se veía llorar a Nicasio, ni expresarse acerca de la

²² La referencia al fontanero como “buen hombre” indica que Nicasio no le guarda rencor.

muerte del nieto. Sin embargo, su motricidad lentificada, su menor verbalización y su desvitalización sí parecen mostrar signos del duelo, hasta, tal vez, una cierta identificación con el estado inerte de Nuco (conviene recordar, además, que poco antes del nacimiento de su nieto, Nicasio había enviudado)²³.

Cuando su hija y su yerno decidieron vaciar el dormitorio de Nuco, Nicasio optó por mudar todos los objetos del cuarto del niño a su propia casa, donde reprodujo, lo más fielmente posible, aquella habitación.

El abuelo se enojaba con el proyecto de su hija y su yerno de tener otro hijo. Así le hablaba a Nuco: *“Tus padres continúan empeñados en fabricarte un sustituto, un Nuco 2; pero tranquilo, la jugada no les está funcionando ni les va a funcionar... No te preocupes, que aquí está tu abuelo para velar por ti”*.

José Miguel

Mariaje suele describir a su marido como un hombre tosco, de pensamiento algo rudimentario y profundamente amoroso con Nuco. Al salir del hospital, al que habían llevado a las víctimas de la explosión, *“José Miguel constató con su sosería de costumbre: Hemos perdido al niño”*.

También se pasaba el tiempo mirando fotografías de su hijo, aunque sin que hubieran transcurrido más que unas semanas, le preguntó a su esposa *“si estaba de acuerdo en que tuviéramos otro hijo”*. No obstante, *“en ningún caso le pondríamos el nombre del Nuco, porque no debíamos considerar al nuevo miembro de la familia como un jugador suplente que viene al mundo a vivir la vida del que perdimos”*. Más allá de si con solo modificar el nombre se elimina la pretensión ilusoria de un suplente, la negación ínsita en la frase evidencia el registro del propio propósito (que otro hijo sustituya al perdido).

²³ En un libro anterior (Plut; 2015), a partir del análisis que Freud (1927) hace de Dostoievski, distinguimos dos alternativas de la relación entre identificación y muerte: la identificación con un muerto y la identificación con el estado inerte, con lo muerto.

Cunado José Miguel y Mariaje se preguntaron qué hacer con las pertenencias de Nuco, el primero *“se mostraba indeciso. Todo no se puede guardar, ya lo sé; pero siento que si no guardamos nada será como un intento de borrar al niño de nuestra memoria”*. Finalmente, convino con su mujer en conservar únicamente las fotografías. También *“decía cosas como que juntos superaríamos nuestra desgracia y que lo importante era permanecer unidos y ayudarnos el uno al otro”*. Una intuición parece brotar en la mente de José Miguel, a saber, que la tragedia vivida tenía la potencia suficiente para derivar en hostilidades recíprocas entre los deudos²⁴.

Por otro lado, el hombre nunca aceptó visitar el dormitorio de Nuco que Nicasio había reproducido en su casa. A esta ocurrencia *“la juzgaba un acto de masoquismo, el capricho macabro de un loco... José Miguel trataba a toda costa de evitar la angustia que le sobrevendría al reencontrarse con las pertenencias del niño”*. Es interesante considerar la variabilidad singular, de modo que lo que para uno opera como escudo frente a la angustia, para el otro funciona, al contrario, como detonante. Para uno (José Miguel) la percepción de los objetos dispara el recuerdo del ausente, en tanto para Nicasio, la percepción de los objetos ocluye el recuerdo y lo transforma en vivencia presente, en percepción del ausente. Por eso, José Miguel insistía en que *“necesito deshacerme cuanto antes de las cosas que me recuerdan la pérdida del niño”*. En suma, pese al valor diferencial que tienen los objetos para cada uno de ellos, conservarlos y desecharlos cumplían similar propósito: sofocar – amortiguar- el recuerdo de la pérdida.

La situación se tornó progresivamente más angustiante para José Miguel porque en la fábrica en la que trabajaba comenzaron los despidos, pero, sobre todo, porque los intentos por lograr un embarazo resultaban infructuosos. De hecho, decidió hacerse un espermograma en secreto, sin revelárselo a Mariaje. Al poco tiempo, José Miguel sale con sus

²⁴ La magistral y terrible película *Anticristo*, de Lars Von Trier, muestra de manera excelente este proceso de destrucción en una pareja cuyo pequeño hijo había muerto.

amigos a pescar en un pequeño barco y sin que estos se dieran cuenta, aquél desaparece. Pasaron algunos días hasta que encontraron su cuerpo. Luego de varios días, en los que no podía saberse si fue un accidente o un suicidio, sabremos que José Miguel había recibido el resultado del estudio: él era estéril o, lo que es lo mismo, Nuco no era su hijo biológico.

Conclusiones

Podemos sintetizar nuestras preguntas de inicio en dos grandes temas: de qué se trata el duelo por la muerte de un hijo-niño (¿es irrealizable?) y si este duelo nos informa algo sobre la subjetividad infantil. Hasta aquí, si reunimos los conceptos reseñados, los fragmentos literarios y nuestros comentarios parciales, podemos subrayar los siguientes caracteres principales del duelo por un hijo-niño:

1. En primer lugar, conjeturamos que el hecho de que se trate del duelo por un hijo que aún es un niño, complejiza el proceso;
2. El vínculo paterno-filial está fundado en intensas investiduras narcisistas;
3. La dificultad (para no decir imposibilidad) del duelo, es decir, de la redirección de las investiduras de expectativas hacia objetos sustitutos, probablemente resulte de la mencionada investidura narcisista;
4. Diversos pasajes citados de *El niño* ponen de manifiesto que en los duelantes no hallamos una única posición relativa al proceso de duelo, sino la coexistencia de diferentes corrientes psíquicas²⁵;
5. La ambivalencia afectiva también parece hallar su lugar entre las interferencias del proceso de duelo²⁶;

²⁵ Por ejemplo, en Nicasio podríamos suponer, según diría Freud, el desarrollo de una *psicosis alucinatoria de deseo*. Sin embargo, si algo de ello se advierte cuando le habla a su nieto cual si estuviera vivo, también es cierto que hemos conjeturado que es conciente de que su nieto no lo escucha y, a su vez, que Nicasio esconde su “fantasía” en virtud de un cierto pudor ante los otros.

²⁶ Nos hemos referido, por ejemplo, a las hostilidades que en ocasiones surgen en la pareja parental, lo cual podría ser uno de los destinos posibles de la ambivalencia no resuelta (no admitida) en el vínculo con el hijo-niño.

6. La muerte de un hijo-niño no solo compromete al proceso de duelo sino que también impone una vivencia traumática (que en el libro analizado se combina con una neurosis traumática colectiva)²⁷;
7. Entre las expresiones del trauma están la vivencia de no poder ser entendido por los semejantes y el encuentro con lo innombrable;
8. Un sector del sentimiento de culpa (que también constituye uno de los destinos de la investidura de expectativas) conduce a la construcción de una fantasía retrospectiva (que uno podría -debería- haber hecho algo para evitar la muerte)²⁸;
9. Si como dice Freud, la transitoriedad acrecienta la significatividad de lo bello, la abreviación de la vida del niño tal vez también participa en la magnitud del dolor por lo perdido;
10. Aunque no exista una representación inconciente de la muerte, los estados de vacío y desvitalización son el signo del dolor por el objeto perdido, de la identificación con él y, también, con su estado inerte;

²⁷ Hemos citado algunos párrafos textuales del libro que exhiben rasgos de la neurosis traumática colectiva (entre ellos, la información contradictoria y confusa, la proliferación de cifras, el “acuerdo tácito”, el silencio, la distancia con las víctimas, la vivencia de una fractura irrestañable de la rutina, etc.). Resulta frecuente que quienes padecieron una neurosis traumática supongan que los otros pretenden desconocer o negar lo ocurrido (supuesto que, en ocasiones, coincide con la realidad). Al respecto, Maldavsky propone diversas hipótesis, entre ellas, *“la captación de una supuesta indiferencia del grupo en el cual pretenden despertar el interés y conservar con su presencia la memoria colectiva. Tal presunta indiferencia resulta una fatalidad anímica y comunitaria, y no algo azaroso. En parte, obedece a un recurso defensivo de la comunidad que pretende desconocer determinados sucesos penosos. Pero, además, dicha indiferencia captada en el mundo resulta de una proyección de la propia, esto es, de una tendencia a desinvertir que sobreviene en el yo de quienes pasaron por el trauma”* (1994, p. 231). Luego agrega que la fijación al trauma participa de la exigencia permanente de recordar, en tanto contiene algo del esfuerzo expulsivo de lo irrepresentable que empuja por acceder a la conciencia y, a su vez, constituye una forma de neutralizar la tendencia a dejarse morir.

²⁸ Desde luego, el sentimiento de culpa puede promover una heterogeneidad de vivencias: la culpa por lo que uno podría haber hecho y no hizo, pero también por el hecho de seguir vivo y, en consecuencia, puede determinar una autorrestricción para el placer. De hecho, si comúnmente en un duelo las investiduras narcisistas y egoístas posibilitan sustraerse del destino (vía identificación) de lo perdido, en el caso de la muerte de un hijo, tales investiduras entran en contradicción.

11. Un punto que condensa duelo y trauma se desarrolla en la pugna entre recordar y olvidar, en particular en el esfuerzo por sofocar los recuerdos ligados al suceso que condujo a la muerte y, a la vez, recordar vivencias previas;

12. Conviene agregar algo más en relación con la investidura de expectativas. La tendencia a no renunciar a ella se advierte en diversos pasajes, por ejemplo, en el sueño de Nicasio con el fontanero, o en su diálogo con el Nuco cuando le advierte qué hacer antes de la explosión, Asimismo, el uso de recursos abstractos (en Mariaje y en Nicasio) también son expresión de todo ello (la aspiración a ver lo que no está). Así como Freud describió los vínculos en los que se combinan la presencia física y la ausencia psíquica (por ejemplo, un niño ante sus padres desconectados emocionalmente), en estas situaciones podemos identificar una combinación inversa: la (desgarradora) ausencia física y la (intensa) presencia psíquica;

13. En este contexto pensamos que cobra relevancia no solo la posible identificación (parcial) con el muerto (tal como sucede en todo proceso de duelo) sino, sobre todo, la identificación con lo muerto (inherente a las neurosis traumáticas);

14. Por último, respecto de si el duelo por un hijo-niño podría revelarnos algo acerca de la infancia, acerca de la subjetividad del niño, quizá la respuesta deba ser sí y no al mismo tiempo. En efecto, en tanto no indagamos directamente a un niño, indudablemente nos encontramos sin saber nada sobre él. Sin embargo, sí podemos hacernos una idea sobre las intensas investiduras que aquel recibe y que deberá portar y tramitar a lo largo de su vida.

Adenda 1: la continuidad generacional

Freud afirmó que *“ninguna generación es capaz de ocultar a la que sigue sus procesos anímicos de mayor sustantividad”* (1913, p. 160). Este proceso que Freud considera inevitable tiene aun otra cara: consideramos que no solo se transmite, de un modo

u otro, a la siguiente generación (en el sentido de lo inocultable), sino que además hay un empuje necesario por transmitir, si se quiere, una necesidad de perpetuación que solicita la existencia de las generaciones siguientes. Es esta otra perspectiva para pensar el duelo y el trauma en las familias que han perdido un hijo-niño, quizá, especialmente, cuando se trata de un hijo único. Quizá por ello Mariage haya aceptado dar su testimonio para el libro de Aramburu, por aquella necesidad de transmitir que, a partir del fallecimiento de Nuco, quedó arruinada²⁹. A su vez, en José Miguel surge otra aspiración, la de tener otro hijo, no para que suplante a Nuco, sino por la exigencia que Freud describe³⁰.

Adenda 2: la continuidad generacional y *His majesty the Baby*

Freud señala que “*todo perjuicio inferido a nuestro yo omnipotente y despótico es, en el fondo, un crimen de lesa majestad*” (1915, p. 298). Como intentamos examinar la peculiaridad del duelo y trauma por la muerte de un hijo-niño, es preciso insistir en la intensa investidura de tipo narcisista que Freud detectó en este vínculo afectivo. Una cita algo extensa viene en nuestro auxilio:

Pero también prevalece la proclividad a suspender frente al niño todas esas conquistas culturales cuya aceptación hubo de arrancarse al propio narcisismo, y a renovar a propósito de él la exigencia de prerrogativas a que se renunció hace mucho tiempo. El niño debe tener mejor suerte que sus padres, no debe estar sometido a esas necesidades objetivas cuyo imperio en la vida hubo de reconocerse. Enfermedad, muerte, renuncia al goce, restricción de la voluntad propia no han de tener vigencia para el niño, las leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar ante él, y realmente debe ser de nuevo el centro y el núcleo de la creación. *His Majesty the*

²⁹ Como dice Montero: “*Del dolor de perder, nace la obra*” (2022, p. 54). La autora también cita a Anzieu: “*Crear es no llorar más lo perdido que se sabe irrecuperable*” (Op. cit, p. 63).

³⁰ También podemos preguntarnos, y solo preguntarnos, si, acaso, inconcientemente sabía que Nuco no era hijo suyo.

Baby, como una vez nos creímos. Debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres... El punto más espinoso del sistema narcisista, esa inmortalidad del yo que la fuerza de la realidad asedia duramente, ha ganado su seguridad refugiándose en el niño. El conmovedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es otra cosa que el narcisismo redivivo de los padres, que en su trasmudación al amor de objeto revela inequívoca su prístina naturaleza (1914b, p. 88).

Si tenemos en cuenta que, en los procesos de duelo, el duelante queda preservado, a través de sus propias investiduras narcisistas y egoístas, del destino que impone la identificación con el muerto, aquí nos encontramos con una situación paradójica, ya que la investidura narcisista está fuertemente comprometida en el vínculo paterno-filial.

Palabras de cierre

Un dato lingüístico ratifica el profundo desconsuelo por la muerte de un hijo-niño. Si quien pierde a su pareja es viudo/a y quien pierde a sus padres es huérfano, no hay palabra que designe a quien perdió un hijo. En rigor, esa palabra solo existe en un único idioma, el hebreo: “*shjol*”³¹. Sin embargo, para concluir, y frente al mentado problema de la imposibilidad del sustituto³² en el caso de la muerte de un hijo-niño, recurramos a las palabras de Freud correspondientes a los dos duelos que debió a atravesar: el de la muerte de su hija Sophie, en 1920, y el de su nieto Heinele, en 1923. Sobre el primero, refiere que, aunque con el tiempo el dolor se apacigua, difícilmente *encontraremos con qué rellenar adecuadamente el hueco, pues aún en el caso de que llegara a cubrirse*

³¹ De este dato aquí tomamos lo que, nos parece, significa la ausencia generalizada de esa palabra en los diferentes idiomas. Desde luego, habrá otro camino a recorrer consistente en indagar porqué sí existe en hebreo.

³² Lo que planteamos sobre el deslinde entre investiduras del recuerdo y de expectativas se enlaza con la idea del hallazgo de un objeto sustituto como expresión del final de un duelo.

*totalmente, se habría convertido en algo distinto. Así debe ser. Es el único modo de perpetuar los amores a los que no deseamos renunciar*³³.

Es decir, la muerte de su hija lo condujo a reconsiderar la hipótesis de la sustitución del objeto. De todos modos, en ocasión del segundo duelo, Freud introduce otra distinción y que nosotros conjeturamos poco más arriba: la diferencia cuando el que muere es un adulto o un niño³⁴. Así, el 11 de marzo de 1928 le escribe una carta a Jones, quien había perdido una hija:

Mi doloroso sentimiento se deriva de mi propia experiencia... Sophie era una querida hija, sin duda, pero no una niña. Fue tan sólo tres años después, en junio de 1923, cuando el pequeño Heinele murió, que me cansé de la vida para siempre³⁵ (p.643)

Nuestro breve estudio exhibe que este rasgo, lo insustituible del objeto, no debe homologarse con la fijación narcisista a un objeto que lo vuelve irremplazable en determinadas patologías. Sí, en cambio, parece ser más compleja, en términos de la conflictividad resultante, la dificultad inherente a la ambivalencia, la cual refuerza los sentimientos de culpa y la herida narcisista por suponer que han desamparado al hijo fallecido, cual si su muerte fuera el resultado de haber fracasado como padres³⁶.

³³ Carta 239, a L. Binswanger (Freud, S.; 1976, *Epistolario II (1891-1939)*, Ed. Plaza & Janés, p. 141).

³⁴ También Allouch (2011), que perdió una hija, se refirió a perder “*un trozo de sí*” y planteó la hipótesis de la muerte de un hijo como un objeto que es insustituible. En todo caso, la investidura de nuevos objetos estará disponible luego de admitir que lo que se ha perdido es irremplazable.

³⁵ Véase *The Complete Correspondence of Sigmund Freud and Ernest Jones, 1908-1939* (Vol. 1), 1993, Ed. Harvard University Press, p. 643.

³⁶ En *El niño* se puede observar algo que coincide con numerosos testimonios, a saber, que los familiares pueden atribuir sufrimientos o vivencias al niño aun después de muerto. Algo de eso hallamos en la investigación que Roxana Castro Wojda hizo para su tesis doctoral, en la que estudió a padres que tenían un hijo muerto y consultaban a un médium. Allí, en efecto, se observa que la función que suele cumplir este último es la de aliviarles la culpa a través de describir escenas (en el más allá) en que el hijo no solo se encuentra felizmente “vivo”, sino que les transmite a sus padres un mensaje de amor. Si se quiere, la función del médium consiste en pacificar a los muertos que viven en los vivos.

Referencias

- Allouch, J.; (2011) *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Buenos Aires. Ed. El cuenco de plata.
- Aramburu, F.; (2024) *El niño*. Buenos Aires. Ed. Tusquets.
- Freud, S.; (1900) *La interpretación de los sueños*, O.C., Vol. V. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Freud, S.; (1905) *Tres ensayos de teoría sexual*, O.C., Vol. VII. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Freud, S.; (1907) *El creador literario y el fantaseo*, O.C., Vol. IX. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Freud, S.; (1909) *La novela familiar de los neuróticos*, O.C., Vol. IX. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Freud, S.; (1913) *Tótem y tabú*, O.C., Vol. XIII. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Freud, S.; (1914a) *Sobre la psicología del colegial*, O.C., Vol. XIII. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Freud, S.; (1914b) *Introducción del narcisismo*, O.C., Vol. XIV. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Freud, S.; (1915) *De guerra y muerte. Temas de actualidad*, O.C., Vol. XIV. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Freud, S.; (1916) *La transitoriedad*, O.C., Vol. XIV. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Freud, S.; (1917) *Duelo y melancolía*, O.C., Vol. XIV. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Freud, S.; (1921) *Psicología de las masas y análisis del yo*, O.C., Vol. XVIII. Buenos Aires. Amorrortu Editores.

Freud, S.; (1927) *Dostoievski y el parricidio*, O.C., Vol. XXI. Buenos Aires. Amorrortu Editores.

Freud, S.; (1933) *¿Por qué la guerra?*, O.C., Vol. XXII. Buenos Aires. Amorrortu Editores.

Langer, M.; (1955) “Isabel I^a, Reina de Inglaterra”, *Revista de Psicoanálisis*, APA, Vol. 12, N°

2. Buenos Aires. APA.

Maldavsky, D.; (1993) *Judeidad: modalidades subjetivas*, Buenos Aires. Ed. Nueva Visión.

Maldavsky, D.; (1994) *Pesadillas en vigilia*, Buenos Aires. Ed. Amorrortu.

Maldavsky, D.; (1996) *Linajes abúlicos*. Buenos Aires. Ed. Paidós.

Maldavsky, D.; (1998) *Casos atípicos*, Buenos Aires. Ed. Amorrortu.

Montero, R.; (2022) *El peligro de estar cuerda*. Buenos Aires. Ed. Seix Barral.

Plut, S.; (2014) “El sentimiento de inseguridad en la opinión pública”, *Revista Subjetividad y procesos cognitivos*, Vol. 18, N° 2, UCES.

Plut, S.; (2015) *Trabajo y subjetividad*. Buenos Aires. Ed. Psicolibro.

Plut, S.; (2021a) *Vestigios psicoanalíticos*. Buenos Aires. Ed. Ricardo Vergara.

Plut, S.; (2021b) “Acaso la espacialidad: proyección e identificación”, *Teoría y clínica en la obra de David Maldavsky*. Buenos Aires. Ed. Ricardo Vergara.

Plut, S.; (2023) “La metamorfosis de la realidad en la adolescencia”, *Vida, muerte y sus márgenes*, Weigandt, Vita y Pavelka (comps.) Buenos Aires. Ed. Letra Viva.

Plut, S.; (2024) *Fragmentos y fronteras de la vida psíquica*. Buenos Aires. Ed. Entreideas.

Raimbault, G.; (1996) *La muerte de un hijo*. Buenos Aires. Ed. Nueva Visión.